

DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO, CICLO B

PREDICAR LA CONVERSIÓN

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Amós 7, 12-15; Efesios 1, 3-14; Marcos 6, 7-13



1. Así comenzaba el Prefacio de los *Lineamenta* del Sínodo de los Obispos sobre la Nueva Evangelización: «*Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado*». Con estas palabras, Jesucristo, antes de subir al cielo y sentarse a la derecha de Dios Padre, envió a sus discípulos a proclamar la Buena Noticia al mundo entero. Ellos representaban un pequeño grupo de testigos de Jesús de Nazaret, de su vida terrena, de su enseñanza, de su muerte y sobre todo de su resurrección. La tarea era inmensa, más allá de sus posibilidades. Para darles coraje el Señor Jesús promete la venida del Paráclito, que el Padre enviará en su nombre y que los «guiará hasta la verdad completa». Además, asegura su presencia constante: «Y he aquí que yo estoy con vosotros, todos los días hasta el fin del mundo”.

La Iglesia fundada por Jesús ha recibido el encargo de anunciar a los hombres de todos los tiempos la salvación llevada a cabo por Cristo, enviado del Padre. Pero en esta noble tarea no está sola. Cuenta con la ayuda eficaz del Espíritu Santo y con la presencia permanente del mismo Cristo entre nosotros, sus seguidores. Presencia siempre eficaz y consoladora.

2. La lectura de la carta a los Efesios que se ha proclamado es un precioso himno al plan divino de salvación. El Apóstol de las gentes, San Pablo, llama bendito a Dios Padre, porque nos ha concedido en la persona de Cristo *toda clase de bienes espirituales y celestiales*. Entre esos bienes, son de gran transcendencia la redención y la filiación divina. Por otra parte, señala también, inspirado por Dios, que el fundamento de todos estos dones o bendiciones no son nuestros méritos personales, sino la elección divina. Lo expresa con estas palabras: *Él nos eligió en la persona de Cristo antes de crear el mundo*. El amor gratuito de Dios, y sólo él, ha sido el que ha hecho que Dios nos haya elegido desde la eternidad y el que, en la plenitud de los tiempos, hayamos sido redimido, seamos hijos suyos por el bautismo y hayamos sido *marcados por Cristo con el Espíritu*.

Si los humanos, siempre que actuamos, lo hacemos con una finalidad concreta, en Dios no podía ocurrir de otra manera. Por eso, al elegirnos desde toda la eternidad, lo hizo –son palabras del propio san Pablo-, *para que fuésemos consagrados (santos) e irreprochables ante él por el amor*. El bautizado, discípulo y seguidor de Cristo, es un vocacionado o llamado a la santidad personal, sea cual sea su vocación específica y las circunstancias ordinarias o extraordinarias que le toque vivir. Porque es un consagrado a Dios, todo bautizado ha de vivir santamente su consagración.

3. Consagrados al Señor, llamados a ser santos..., eso somos, y eso hemos de intentar ser, los que, en el bautismo, fuimos hechos hijos de Dios. Los hijos de Dios, todos consagrados al Señor por el bautismo y llamados a ser santos, somos profetas y apóstoles enviados por Cristo y por su Iglesia a anunciar el Evangelio a los hombres y mujeres del mundo en que vivimos. Ya en el Antiguo Testamento, Dios llamó a personas concretas, para que, en nombre de Dios, hablaran al pueblo elegido, invitándole a la conversión para ser fiel a la Alianza, de la que se había desviado. Amós, del que la primera lectura nos narra su vocación de profeta, está entre ellos

Amós, uno de los doce *profetas menores*, era un pastor y productor de higos. Su país pasaba por un período de prosperidad, pero esto contrastaba con la miseria del pueblo. Por otra parte, el esplendor del culto encubría el rechazo a Dios y la opresión del prójimo. En esas circunstancias, como dice el texto leído, el Señor lo *sacó de junto al rebaño* y le dijo: *ve y profetiza a mi pueblo Israel*. Amós oyó la voz de Dios, aceptó su invitación y, con generosidad, dedicó su persona, su tiempo y sus cualidades a sacar adelante la misión que Yahvé le había encomendado. Con la rudeza y estilo directo de un pastor, y movido por la fidelidad a su Dios, condenó la corrupción de las élites, la injusticia social y el ritualismo vacío de piedad auténtica.

4. En el evangelio de este domingo, vemos cómo los apóstoles, que habían ido siendo llamados por Jesús en momentos y circunstancias diversas, son ahora enviados de dos en dos, con poderes salvadores, a anunciar el Evangelio del Reino, la Buena Noticia, el don de la salvación que Dios prometió en el paraíso terrenal. Y, según hemos escuchado, *ellos salieron a predicar la conversión*.

Cada uno de los que estamos participando en esta Eucaristía somos bautizados, hijos de Dios, consagrados a Él, llamados a ser santos personalmente y, en la misma medida, enviados por Dios a la familia, a la fábrica u oficina, al grupo de amigos o vecinos..., a cualquier persona con la que nos encontremos, trabajemos o convivamos. Y somos enviados a hablarles, con la palabra y el testimonio, de Dios, de las verdades reveladas, del Evangelio, de las *cosas de arriba*. Y esto con una doble finalidad, dar gloria a Dios y *recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra*, como afirma san Pablo. Somos los nuevos "Amós", los nuevos apóstoles de este siglo XXI, en el que la sociedad prescinde Dios y los hombres, en no poca medida, creen bastarse a sí mismos y no necesitar del Creador. Se olvidan de que, cuando la criatura prescinde del Creador y vive con una total independencia de Él, la misma criatura se destruye a sí misma. Los bautizados hemos de tener siempre muy presente que la vuelta de Dios a las instituciones, a los medios de comunicación o económicos, a la cultura y a los distintos medios de ocio depende del entusiasmo, de la valentía, de la audacia y de constancia en nuestra misión de ser apóstoles de Cristo, cada uno en su sitio.

5. La Reina de los apóstoles estuvo y estará siempre animando la evangelización de los pueblos. En Ella confiamos.